



Capital humano que se pierde a raudales

“‘Bien se gana en este trabajo’ dice, mientras abre su cajita donde guarda sus cremas Nugget, trapos y cepillos, y saca, para que no quede duda, una pequeña latita en la que coloca todas las monedas que obtiene en el día.

Por: Juan Fernando Durán Valenzuela

Marcelita, es una niña de once años que trabaja como lustrabotas. Generalmente lo hace, por la Plaza del Estudiante y el Prado. Dijo, en la entrevista, que la mejor manera de ganarse “platita” es acercarse a las parejas enamoradas que se sientan en las bancas, para ofrecer sacarles brillo a sus zapatos. Contó, también, que normalmente se queda todo el día sábado a trabajar, y que de lunes a viernes lo hace, sólo, alrededor de 4 horas, en las mañanas, porque tiene que ir a la escuela en las tardes.

Su sonrisa angelical, y su ternura, permite preguntarle con más confianza cuánto gana al día; responde que entre 15 a 20 Bolivianos diariamente y que ese dinero, le sirve para comprarse algunas cositas y ayudar, también, a su familia.

Seguidamente comenta, que su actividad preferida es hacer deporte y que, en la noche, hace sus tareas viendo, en la televisión, la novela “El Clon”.

Finalmente, se despide, después de haber dejado totalmente sorprendido al redactor que escribe estas líneas por haber encontrado una niña lustrabotas. Sin embargo, en esta investigación, no fue Marcelita la única encuestada, que se dedica

a esta actividad tan sacrificada, pues, de las 200 personas que se entrevistaron (23 de ellas lustrabotas), 2 niñas, también, se dedican a lustrar zapatos; sólo que, a diferencia de Marcelita, no usan gorra para cubrirse del sol, sino pasamontañas, color negro, para cubrirse de algunos conocidos que podrían estar por la ciudad de La Paz.

Menores trabajadores

No cabe la menor duda que el sector que ha crecido de forma importante ha sido el de servicios de telefonía móvil, su *externalidad* más inmediata ha sido, claramente, ofrecer servicios de llamadas a teléfonos celulares y fijos por parte de personas que, por un Boliviano el minuto, permiten llamar a cualquier número telefónico local. Por ello, se entrevistaron a 47 adolescentes y niños que se dedican a esta actividad (23,5% de la muestra) cuyos resultados son los siguientes.

La participación de hombres y mujeres en esta actividad no es discriminante, pues, a ésta, se dedican personas menores de edad, de ambos sexos, brindando este servicio en casi todas las calles, no sólo céntricas, de la ciudad de La Paz. Así, se encontraron niños con tan sólo 8 años de edad que se dedican a este trabajo, al que en general se incorporaron hace medio año y cuyos

promedios de horas de trabajo son de 5 al día, como a adolescentes que ofrecen el mismo servicio por tiempos promedios de casi 7 horas diarias.

Un hecho importante a destacar, es que el 19,15% de los encuestados “*celularitos*”, no asisten a la escuela (generalmente aquellos encuestados mayores de 14 años). Otro dato importante, es que el 51% percibe un salario que oscila entre 300 a 700 Bolivianos mensuales, pero no figuran en ningún tipo de planilla, tampoco aportan a las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP), no cuentan con algún tipo de seguro social, el resto afirmó tener ganancias diarias que oscilan entre 15 a 25 Bolivianos por día de trabajo. Asimismo, sólo el 17% afirmó que trabajan para “sí mismos”; y el restante 83% lo hacen para ayudar a sus familias o a otras personas.

En el caso de los “lustrabotas” las cosas son un tanto distintas. Pues, de las 23 personas que se entrevistaron, 20 son varones y sólo 3 son mujeres. Asimismo se incorporaron al mercado laboral informal, en promedio, hace más de un año y medio.

De la misma manera, de todos los encuestados que se dedican a lustrar zapatos, 22% dejaron de asistir a la escuela (dos de ellos a sus 10 años y los otros tres a sus 13); el restante 78% asisten,

pero trabajan antes de ir a la escuela, si están matriculados en la tarde o en la noche, o después de ir a sus centros educativos, si están en la mañana. También, el 57% dijeron que ganan entre 10 a 15 Bolivianos diarios y que ese ingreso, les sirve para sus gastos personales o propios (26% de los encuestados) o para ayudar a sus familias o a otras personas (73%).

En cuanto a los menores que se dedican a trabajar como “voceadores de las paradas de los minibuses”, encontramos que el 100% de nuestros encuestados (26 del total general) son varones. Las edades varían en forma indistinta a partir de los 10 años, pero, en general, todos ellos se han incorporado al mercado laboral hace aproximadamente 2 años. El tiempo que se dedican a esta actividad en forma diaria es aproximadamente de 6 horas.

El 18% de nuestros encuestados “voceadores” no asisten a la escuela (cuatro personas la abandonaron cuando tenían 13 años). Asimismo, sus ingresos diarios dependen en muchos casos de cómo haya sido la demanda de pasajeros en el día, sin embargo, generalmente oscilan entre Bs15 a 25 (el 61,5% afirmaron que ganan entre 15 a 20 Bolivianos diarios, el 27% entre Bs 20 a 25 y sólo el 11% entre 10 a 15 Bolivianos diarios). Estos ingresos los destinan a cubrir sus propias necesidades (35%) o para ayudar a sus familias o a otras personas (65%).

En cuanto a los menores que trabajan como “vendedores”, se encontraron aspectos importantes

que ameritan reflexión. Primeramente, se debe señalar que es una de las actividades que involucra más mujeres que hombres, y que no diferencia edades, ya que, de las 104 personas encuestadas (27 hombres y 77 mujeres) se encontró a 2 niños que se dedican a vender dulces, y toda clase de masticables en el comercio informal, con apenas 6 años de edad. Lo importante de todo lo señalado, y lo común que se pudo encontrar en los mayores de 10 años, es que muchos de ellos tienen ya 5 años *ayudando a sus familiares* a vender, ya que, según ellos, prácticamente crecieron en sus puestos de venta (esta aseveración se hace correcta al comprobar que la edad de inserción al mercado de trabajo informal, de la mayoría de los encuestados, fue a los 9 años de edad).

Casi el 10% de los entrevistados “vendedores y vendedoras” ya no asisten a la escuela desde que cumplieron 15 años, el restante 90%, que sí asiste, comentó, realizan sus deberes extra escolares junto a sus puestos de venta o en las noches en sus casas. Sus ingresos diarios varían, llegando a ser, en la mayoría de los casos, de Bs15 a 25 diarios (65% de los encuestados). Otro hecho importante a señalar es que los menores vendedores, a diferencia de las anteriores actividades señaladas, a la que también se dedican niños y adolescentes, trabajan comúnmente para ayudar a sus familias o a otras personas (86%) mientras que sólo 14% lo hacen para sus sustentos personales.

La familia, factor importante

No cabe la menor duda que la actividad laboral más sacrificada es, entre todas las observadas, la de lustrar zapatos. Los pequeños que se dedican a esta tarea, además de estar expuestos al eminente peligro de las drogas o el alcohol, a las que les deben decir no, tienen a su cargo responsabilidades muy importantes como ayudar a sus hermanos o abuelos en el sustento económico (13%) o *colaborar a sus madres* en el mismo fin (39%). Se comprobó que el 60,8% de los encuestados crecen en torno a familias que se han desintegrado y tienen, en promedio, cuatro hermanos; de los que, generalmente, 3 ayudan como ellos en trabajos informales. Estos hechos, y tal vez otros más, hacen que los lustrabotas sean mucho más independientes, ya que, como se mencionó líneas arriba, el 26% trabaja para satisfacer sus propias necesidades.

La realidad no deja de ser difícil para los menores “celularitos” y “vendedores”, pues, cerca del 44% de estos menores son parte de familias también desintegradas (34% viven solamente con sus madres o con sus hermanos y el 10% sólo con sus papás). La diferencia radica en que gran parte de los ingresos que perciben son destinados a ayudar a sus familias y no así, para el sustento de los propios trabajadores.

En el caso de los “voceadores de las paradas de los minibuses” sucede algo particularmente interesante, pues, si bien es cierto que 35% trabajan para sí mismos, casi 70% cuentan con familias “íntegras” (padre, madre y 4 hermanos en promedio), lo que demuestra que no sólo el hecho que una familia esté desintegrada es factor decisivo para que el menor se inserte en el mercado laboral, sino la necesidad por obtener recursos para mantenerla, y a la que no sólo el padre o la madre tienen que aportar con algún tipo de ingresos, sino también los hijos.

Capital humano que se pierde

Una de las consecuencias más lamentables, y obvias, de que los menores de edad se incorporen tempranamente al mercado laboral informal, es la no acumulación y mejoramiento de su capital humano. De hecho, este descuido, por las horas que dedican al trabajo informal, podría tener efectos determinantes sobre el futuro de estos muchachos, de seguro, en el mediano y largo plazo, seguirán siendo mano de obra no calificada, o poco productiva, por su escasa especialización.

Las preocupaciones deberían hacerse presentes, también, si basándose en los resultados obtenidos en esta investigación, la cual, detectó que de los 200 menores encuestados 28 dejaron de asistir o abandonaron la escuela. A lo anterior se debe añadir, también, que los que aún asisten a algún establecimiento educativo (72 menores en la mañana, 86 en la tarde y 14 en la noche) realizan sus deberes escolares cuando tienen tiempo; en este sentido, y a manera de ejemplo, se observó que 66% prefieren realizar sus deberes escolares por las noches.

Otro elemento que llama la atención, es el poco hábito de lectura que tienen los menores trabajadores, pues, entre todas las preferencias reveladas, leer un libro, una revista o un periódico, ocupan el sexto, noveno y décimo primer lugar, respectivamente, de entre 13 actividades extracurriculares preguntadas; mientras que hacer deporte, escuchar música, ver películas o la televisión y bailar son, para los encuestados, las actividades más preferidas cuando disponen de tiempo libre.

Finalmente, es de urgencia señalar que el analfabetismo del siglo XXI ha dejado de ser el no saber leer ni escribir; ahora es el no saber manejar un computador. Si utilizamos esta premisa, se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que los niños y adolescentes trabajadores están siendo marginados, cada vez más, de una verdadera era de la información y conocimiento, pues, 76% de la muestra no saben manejar un computador y, del restante 24% que sí saben, sólo el 1,5% (3 personas) ingresaron alguna vez a la red Internet ■

Una de las consecuencias más lamentables, y obvias, de que los menores de edad se incorporen tempranamente al mercado laboral informal, es la no acumulación y mejoramiento de su capital humano.

